Escuela de violencia

Las siglas varias saltan en las líneas del periódico. De algunas se conocen su significado, pero la mayoría no dicen nada al lector. Son expresiones de grupos, de grupitos, repartidos por la geografía española, particularmente por tal o cual provincia. Los forman unos pocos y reconocen un jefe; aparte, intelectual de poco fuste les inspira, un intelectual que es a la vez hombre de acción. A veces los grupúsculos se ignoran, pero generalmente se enlazan entre sí. Pueden tener, si llega el caso, ajustes de cuentas, más normalmente se apoyan, se ayudan, se encubren.

¿Su objetivo? La violencia, la gran violencia. La sociedad sólo merece ser destruida. ¿Y después? ¡Ah!... Cuando el «mayo francés» de 1968, que estuvo a punto de que De Gaulle acudiese a las armas, un estudiante revolucionario detenido confesó: «Cuando uno sabe lo que quiere, ya se ha aburguesado.»

Las circunstancias han creado este tipo de joven para el cual el trabajo es una maldición. Considera que el esfuerzo, la constancia, la paciencia tenaz para conseguir un resultado son absolutamente despreciables. Le han ido matando muchas ilusiones, entre ellas la de lo cotidiano. En lo cotidiano se encuentra la estabilidad familiar, el hogar de todos los días, la mujer de siempre; y el repetido trabajo diario, a veces tan hermosamente sugestivo como un descubrimiento científico, la realización de una obra técnica apasionante o la coronación de un gran estudio literario. Todo esto está calificado de miserable, aburrido, de burgués (la palabra maldita).

Para ellos es más atractiva la acción, sin más, el peligro, la violencia, el zarpazo del tigre. La víctima ni importa; «sólo» será un ser humano, algo que vale poco.

Les deslumbra el cine, la novelucha de acción. En la oscuridad de la sala, la película ofrece una larga serie de asaltos, huidas, destrucción y sadismo. Las secuencias son tan rápidas que a veces no se sabe quién es quién. Si se trata de una novela adecuada también cuesta seguir su hilo, pero en uno y otro caso, ¡cuánto aprendizaje! Cual si se tratase de una simple receta de cocina casera aquí se enseña cómo se roba, cómo se viola, cómo se incen-

dia, cómo se burla la persecución de los representantes de la ley.

No hace mucho la prensa londinense trajo la noticia. En los Estados Unidos se había publicado un libro titulado «The Anarchist Cookbook», que contiene detalladas explicaciones sobre la preparación y uso de los explosivos, fabricación y técnica de las armas de fuego, venenos y drogas con toda serie de esquemas y dibujos elocuentes. La destrucción estaba al alcance de un ama de casa, de un niño, de una delicada y frágil señorita.

Cine, libro... ¡y también artes plásticas!

Observemos aquí que desde las primeras décadas de este siglo se viene atacando la figura humana, rompiéndola, deformándola, ridiculizándola. El arte románico, toscos y elemental, lo ordenaba todo hacia un fin didáctico y trascendente. El Renacimiento situaba el individuo como fin, aunque sublimándole. Pero el propósito se iría luego desvaneciendo y en nuestro tiempo se hará realidad el ataque al hombre, pim-pam-pum de los artistas revolucionarios. Se les destruye con el pincel y se le recompone pero en trozos distorsionados, en un juego monstruoso, absurdo, caótico. Se podría decir: he ahí cómo hay que dejar al enemigo.

Así, pues, antihumanismo. Es el quid del éxito del «Guernica», de Picasso, obra no artística, sino política, «grito» auténtico partidista —atiéndase al título— que representa, de manera extraordinariamente expresiva, una escena de destrucción total, donde mueren los hombres, los animales y hasta las cosas.

Y es que la política está volviendo al romanticismo; y damos a esta palabra su sentido riguroso de oposición al clasicismo.

Clasicismo político es la conversación, el ángora y el diálogo, el trato y la amistad; y el llegar a una avenencia. En cambio, el romanticismo representa todo lo contrario: la soledad, la exaltación, el deseo de cambiar el mundo súbitamente y por actos individuales. Y en el fondo la adoración a la diosa Libertad, tomada con mayúsculas y sin fronteras, rompedora de cualquier vínculo, ácrata, abstracta, sustituyendo a la libertad concheta, repre-

sentada por la ley, como ordenación de la razón al bien común y en acuerdo comunitario.

Estos actuales caminos de la violencia son insólitos y muchos los fomentan sin enterarse, quizá inocentemente, con aparentes exaltaciones pacíficas. Pero sólo la paz de los fuertes es la única que debe proclamarse, entendiéndose por fuertes no quienes tienen tan sólo la fuerza bruta, sino los que ponen al servicio de las leyes, con carácter, dominio de sí, arrojo y generosidad para defender lo justo si llega el caso.

El doncel medieval idealizado no es un atropellador, sino un defensor; respeta al débil, o la mujer, y da su vida por toda causa noble. Aprende los deportes de entonces y el cultivo de las armas, y tiene caballo, armadura, lanza y una alta moral. Su decadencia, su ocaso, se simboliza en Don Quijote, ser idealista, pero débil, tanto por lo que atañe a su razón como por lo que afecta a su armamento. Mas el doncel sólo se concibe en el siglo XIII, en el XIV y hasta los Reyes Católicos —tiempos ascensionales—; y el Quijote cuando, tras Felipe II, se inicia la absoluta e imparable decadencia española.

Una sociedad que sólo anhela seguir viviendo, proclive a todas las rendiciones, a nuevos tributos de las Cien Doncellas, puede provocar como reacción esta otra sociedad de los grupos de la violencia, que desprecian la primera. Y es que los cuerpos enfermos segregan estos otros vehículos de nuevas enfermedades.

El pacifismo mal entendido favorece todos los asaltos a las vidas y haciendas. No es madre de valientes, pero sí madre de violencias. Aunque como consecuencia del barullo ideológico en curso parezca absurdo, el miedo es el peor consejero para que la paz se mantenga, y el valor su mejor defensor. Citar aquello de «Si vispacem...» pudiera parecer un brindis a la galería; pero es una gran verdad, confirmada por la experiencia, verdad difícil de ser reemplazada por otras, aunque sean más agradables al oído.

Contra la violencia de grupos de la sociedad sólo queda el remedio de que esta sociedad —sin distinción de clase e ideologías—: no los tolere.

José Manuel Martínez Bande

El valor de las creaciones culturales

JOSE LUIS ALVAREZ ALVAREZ

La personalidad de un país se forma a lo largo de los años por una variedad enorme de factores: el lenguaje, la historia, las creencias, las creaciones culturales...

Es interesante pensar en la trascendencia de los sabios y artistas y de sus obras en comparación con la de los políticos y gobernantes. En vida de ambos el político aparece como figura preeminente porque ostenta esa cosa terrible y decisiva que es el poder, y el sabio o el artista —no digamos el poeta, de lo que acabamos de tener un ejemplo extremo con Aleixandre— es a su lado un servidor, un disidente o sencillamente un hombre que va por otros caminos, muchas veces hasta desconocido de sus contemporáneos.

Pero pasado el tiempo, la fama, la influencia y la huella del creador de cultura prevalece con frecuencia sobre la del administrador temporal de la cosa pública. ¿Quién compara hoy a Felipe IV con Velázquez? ¿Quién recuerda qué rey gobernaba Inglaterra cuando Shakespeare escribió? ¿Qué flamenco del siglo XVII puede ser equiparado a Rubens? ¿Qué creación comparable a la filosofía griega o al Derecho romano o a la ética cristiana, de los que ha vivido la Humanidad por encima de los reyes, generales o gobernantes?

Esta reflexión quiere poner en su lugar a los que detentan el poder y a los que hacen y conservan la cultura. Y llamar la atención de aquéllos sobre la obligación de respetar esa personalidad que se basa en tan gran proporción en los productos culturales, y sobre el grave riesgo de, con unas medidas momentáneas, producir un daño irreparable al patrimonio cultural acumulado y conservado durante siglos.

De entre ese patrimonio hay hoy una parte especialmente amenazada: la formada por nuestras viejas ciudades, por los conjuntos o recintos histórico-artísticos, por los pueblos españoles creados por sus habitantes durante siglos, y distintos de los de otros países, y con peculiaridades propias en cada región o comarca, por los monumentos notable o por las casas sencillas que constituyen la riqueza monumental o la arquitectura popular, por los paisajes y la Naturaleza.

Ese conjunto ha llegado a nuestro tiempo casi completo. Los daños ciertos que los siglos y los hombres en la época del analfabetismo le han causado son nada comparable con el que en esta época de progreso le estamos ocasionando y le podemos producir en brevísimo plazo.

Efectivamente, ese patrimonio, esas casas, esos barrios, esas ciudades, esos paisajes, se conservaron durante siglos por la quietud e inmovilidad de aquella sociedad. Los cambios de este siglo, demográfico, de la técnica de construcción y destrucción; la idea de la construcción en masa como negocio y no como artesanía; la explosión de la población, la concentración en las ciudades, pueden llevarse, se están llevando, todo ellos en unos pocos años. Y es la labor, el legado y el producto cultural de siglos y generaciones, irrecuperable si no se acude a tiempo en su defensa.

Esos cambios son positivos. No se puede pasar la vida, no se pueden frenar los legítimos derechos a mejores viviendas, a la aplicación de las modernas técnicas, a ocupar nuevas tierras. No se puede hacer un museo de cada lugar o cada casa. Los pueblos y los edificios son para los hombres, para vivir en ellos. Pero no son sólo de esta generación, pertenecen a las anteriores y a las venideras; constituyen parte de lo que hemos llamado la personalidad de España.

Es preciso coordinar el progreso y la conservación de ese patrimonio. Y como éste, aún siendo riquísimo en nuestra patria, es pequeño e insustituible, es preciso hacer un esfuerzo desde ahora para protegerlo y preservarlo, y para usarlo.

Esas casas, esos monumentos, esos palacios, esas iglesias, esos barrios, recintos, jardines y paisajes no son un lujo. Son algo que en cierta medida nos pertenece a todos, y que todos, cada uno en su medida y posibilidad, tenemos que disfrutar y proteger. Es quizá el momento de que el Estado dé un paso adelante en su defensa e invite a todos, propietarios, usuarios y ciudadanos, a colaborar con él en esa tarea.

Que las casas que se construyan en un recinto histórico-artístico, con respeto al conjunto, sean equiparadas al menos a las que se hacen en los ensanches de las poblaciones o a las que gozan de otros beneficios. Que las obras de restauración o remozamiento, y no sólo de los monumentos nacionales, tengan los mismos créditos y ayudas que las de una nueva planta, pues si no se estimula su destrucción o abandono. Que se incite a habitar y a adaptar a las necesidades de hoy los viejos edificios y monumentos para conservarlos mejor. Que se premie y excite a las instituciones a instalarse en ellos como se hace en otros países de Europa, y se proteja a las fundaciones y asociaciones locales que colaboran así con el Estado. Que se declaren con rapidez y amplitud casas o barrios enteros como recintos protegibles, pues si no se hace así la especulación del suelo y la incultura se van a llevar todos los edificios de épocas enteras. Que se permita la canalización de fondos de donativos de particulares, promoviendo los hábilmente, para esas labores culturales tan maltratadas en los presupuestos. Que el Estado mismo y sus órganos den ejemplo aprovechando los edificios artísticos o históricos en vez de lanzarse a su derribo. Que el que una casa sea parte del patrimonio cultural, a pesar de las limitaciones que ello lleva y debe llevar consigo, sea algo deseable en vez de una amenaza o una desgracia para el propietario, como es ahora. Y que así se asegure su conservación y se evite la especulación con su suelo, y la consiguiente destrucción de nuestros conjuntos arquitectónicos históricos que han sufrido tanto en estos últimos años.

Estas y otras medidas son precisas ahora. Corresponden a un Estado democrático que debe proteger el patrimonio cultural y natural de la comunidad. No atrevere a tomarlas u olvidarlas sería una grave y estúpida responsabilidad. El país necesita sin duda una nueva ley de protección de esos patrimonios, pero mientras se hace, que no es obra de un día, esas medidas no admiten espera en un momento de reforma del sistema fiscal y de una nueva concepción de lo que debe ser la calidad de vida.

carlas a Roy

Profesores de Formación Política

Firmada por don Bernardo Gallano, recibimos una carta en la que, entre otras cosas, dice que un ministro «anula, mediante telegrama, la asignatura de Formación Política para el presente curso en los centros de BUP y Formación Profesional; poco después va a aparecer el decreto confirmándolo. ¿En qué reunión —pregunta— las Cortes han tratado tan importante tema? Yo no lo sé. Se indica que la suspensión es debida a la preparación de una nueva estructura de la asignatura acorde con la nueva Constitución. ¿No hay temas sumamente interesantes que podrían haber abarcado un completo programa: la Monarquía, las Cortes de la democracia, las elecciones municipales, los grupos políticos, etc.? Se arguye que los profesores eran nombrados y cesados por la desaparecida Secretaría General del Movimiento y que, por tanto, su sitio está... en la calle. Pero no es menos cierto que la Delegación Nacional de la Juventud (hoy Dirección General) ha pasado al Ministerio de Cultura, donde nadie hasta el momento ha dicho ni pío en defensa de los legítimos

intereses de este grupo de profesores.»

Pregunta el señor Gallano si no será que extinguida la Secretaría General del Movimiento, implica también la destrucción de unos profesores que no hicieron en todo momento sino evolucionar al compás de los tiempos, permaneciendo siempre fieles en sus enseñanzas a la Constitución, al Gobierno, al Régimen cualquiera que fuese.

Solución para la bandera

Un grupo de jóvenes estudiantes de Plasencia y su comarca, en vista de las discrepancias surgidas en torno a la bandera regional, proponen como solución, entre otras cosas:

Que los gobiernos civiles y diputaciones de ambas provincias intervengan, y, con alguno otro competente, convoquen un concurso para elegir la bandera. Hecha una selección de las propuestas, que deberán incluir la justificación de sus colores, se divulgarían por todo el territorio regional. Y en fecha determinada —¿el «Día de Extremadura»?— se escogería por votación general y secreta y se la proclamaría como la oficial de la región con todas las formalidades.

Entienden los treinta y cinco firmantes que esta u otra muy semejante fórmula sería la única eficaz. Sin que importe el tiempo que pueda invertirse ni los gastos. La campaña tendría la ventaja de crear una conciencia regional sobre nuestra historia y nuestros problemas; nos haría sentirnos protagonistas de un hecho importante y se evitarían las manipulaciones o imposiciones de grupos desconocidos y carentes de imaginación.

Adhesión del MCEX

También recibimos un «comunicado a la opinión pública» del Comité Regional del MCEX (Movimiento Comunista de Extremadura), en el que, entre otras cosas, dice que, aunque ha venido defendiendo para la bandera regional los colores verde, pardo y negro (más extendido en Cáceres, en tanto que en Badajoz prosperaban el verde, blanco y negro), en aras de la unidad extremeña, y por el consenso popular que ha alcanzado la última, hace suyos también estos colores (verde, blanco y negro) como los de la bandera representante de la región. Pide a todos que igualmente los acepten.

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BADAJOZ ANUNCIO

A los efectos prevenidos en la letra a), apartado 2.º, artículo 30 del vigente Reglamento de Actividades Molestas, Insalubres, Nocivas y Peligrosas, aprobado por Decreto de 30 de Noviembre de 1961, se abre información pública por término de DIEZ DIAS, para que aquellas personas que se consideren afectadas puedan hacer las observaciones que estimen pertinentes en el expediente que se instruye a instancia de CONSTRUCTORA TABORDAS, S. A., para la instalación de un depósito metálico, tipo Campsa, de 7.500 litros de capacidad, para el almacenamiento de Gasóleo, tipo «C», con destino al servicio de la calefacción y agua caliente del edificio sito en la calle Adelardo Covars, núm. 12, de esta Ciudad, y cuyos documentos pueden ser examinados en el Negociado 4.º, Aperturas, de la Secretaría General. Badajoz, a 20 de Octubre de 1977.—EL ALCALDE.